

**Relato escrito por Gonzalo Rodas Sarmiento,
perteneciente al libro "La iglesia adolescente".**

Yves Congar

Ya me consideran un teólogo formado. A mis 34 años, yo diría que aún me falta bastante para merecer tal denominación.

Nací en Sedan, en 1904, en el noreste de Francia, muy cerca de la frontera con Bélgica.

Cuando niño observé algo que resultó ser importantísimo para el camino que he seguido. Esto puede entenderse si se tiene en cuenta que, hasta el día de hoy, los protestantes son despreciados por la jerarquía católica, como si se tratara de gente de mal vivir. A temprana edad me di cuenta que ese prejuicio, derivado de Trento, es injusto.

Pues, ese hecho tan importante para mi camino ocurrió en plena Gran Guerra. Me dejó profundamente impresionado el gesto espontáneo de un pastor protestante. Con amabilidad, puso una pequeña capilla a disposición del párroco católico, que se había quedado sin templo a causa de un despiadado y desigual combate ocurrido, lamentablemente, en sus cercanías.

Ese gesto despertó en mí una fuerte inclinación hacia el ecumenismo. Y también una actitud de cuestionar las cosas que me enseñan, pues si Dios me dio la capacidad de pensar por mí mismo, ¿por qué tragarme las cosas como si fueran livianas?

Aunque antes quería ser médico, en mi adolescencia decidí ser sacerdote. De todos modos, me costó un tiempo considerarme digno. Primero estudié en el seminario diocesano de París. Aprendí a admirar y apreciar la figura de Santo Tomás de Aquino.

A los 21 años dejé el seminario y entré a los dominicos. Reanudé los estudios en el convento de Le Saulchoir, en Bélgica. Allí aprendí a integrar distintos métodos en el estudio de la teología.

Estando en Le Saulchoir viajé muchas veces a Bruselas cuando tenía algún día libre. Algunas de esas veces me encontraba allí con unos jesuitas que estudiaban en Louvain, cerca de Bruselas. Un chileno llamado Alberto Hurtado me impresionó muy bien, un gran tipo.

Por ese tiempo conocí al jesuita Henri De Lubac, cuyos conocimientos teológicos admiré desde el primer momento. Para mí fue casi como un profesor, ya que es ocho años mayor que yo. Sin embargo, sólo conversábamos muy de vez en cuando.

Lubac había tenido que pelear en la Gran Guerra, donde fue herido de gravedad. Por eso ha seguido teniendo problemas de salud.

Tenía yo 25 años cuando ocurrió el tratado de Letrán entre el gobierno italiano y el del Vaticano. La Santa Sede, que había estado al borde de la bancarrota, consiguió que la reconocieran como un estado soberano. Se benefició

también con una exención de impuestos, y se le concedió inmunidad diplomática. La Iglesia obtuvo del gobierno italiano una gran cantidad de dinero, en compensación por haber perdido los estados pontificios en 1870. A cambio de eso, hubo que comprometer lealtad al estado italiano, lo cual me parece que es una pérdida de libertad, lo máspreciado que Dios nos ha dado.

Pero, lo peor no es eso. Al obligarnos a cuidar riquezas, el zorro Mussolini, ¡un Satanás!, nos deja amarrados de pies y manos. No me imagino en qué forma lograremos salir de esta camisa de once varas.

Jesucristo quiere una iglesia pobre. Él dijo "Felices los pobres", y "Qué difícil es para un rico entrar en el reino de Dios".

El Papa Pío XI encargó la administración de las riquezas a un tal Nogara, amigo de un importante obispo. Nogara ha invertido en todo tipo de empresas, incluidas las de armamento.

Estamos en una gran contradicción.

Cuatro años después el Vaticano estableció el Concordato, un acuerdo con la Alemania de Hitler. La Iglesia se comprometió a no inmiscuirse en lo político-social. A cambio de obtener un buen trato para los católicos alemanes, y proteger la enseñanza de la religión. No creo que este tratado tenga tanta importancia, si difícilmente va a ser cumplido por ninguna de las dos partes.

Fui ordenado sacerdote a los 26 años. Me gradué como lector en teología, y me nombraron profesor de eclesiología en el centro teológico Le Saulchoir.

Mi tesis versó sobre la "Unidad de la Iglesia". Es el tema que me apasiona.

Después, inicié el estudio de la teología del laicado, otro tema de gran importancia para mí.

Hago mis clases tratando de seguir el camino de la Palabra de Dios que nos interpela a lo largo de la historia.

El año pasado publiqué un libro de ecumenismo. Se llama "Cristianos desunidos". Al mismo tiempo, se fundó la colección Unam Sanctam, de eclesiología y ecumenismo, en la editorial Du Cerf, de París. El libro cayó muy mal en el Vaticano porque en estos tiempos no se quiere oír hablar de ecumenismo. Dicen que es un movimiento protestante.

* * *

Hace dos años que terminó, por fin, la segunda guerra mundial. Europa ya ha empezado a reconstruirse desde las cenizas.

Mucho antes, hace ocho años, fue el cónclave en que se eligió Papa a Eugenio Pacelli, quien adoptó el nombre de Pío XII. En este cónclave había una mujer presente, sor Pascualina, secretaria del camarlengo. Estaba para asistirlo en caso necesario.

Pío XII cambió el nombre de la institución que administra las finanzas vaticanas. Igual, la gente sigue llamándole Banco Vaticano.

Fue a los pocos meses de tener un nuevo Papa, que estalló la guerra. Me tuve que enrolar como oficial del ejército francés. No duré mucho en la batalla, pues caí prisionero de los alemanes. Me pusieron en el castillo de Colditz, relativamente benigno, si lo comparamos con otros campos de prisioneros, pues este recinto era sólo para enemigos militares. Hasta nos permitían usar nuestro propio uniforme, que después de un tiempo ya estaba sucio y ajado.

En Colditz tenía camaradas para conversar y eso me ayudaba a vivir. Como buenos militares, estaban siempre pensando en escapar. A mí no me parecía conveniente intentarlo, pero no era fácil sustraerse a tales tentativas. Así fue como me vi involucrado en una fuga que prometía éxito. Sin embargo, esa aventura terminó en un estrepitoso fracaso.

Como consecuencia, fui trasladado a un campo en el norte de Alemania, en Lübeck, muy cerca de la costa. Ahí recibí un trato muy duro. Estaba siendo castigado por tratar de escapar.

En este campo de prisioneros había una cantidad de cristianos, muy unidos en la oración, católicos, luteranos y anglicanos. Hice muchas amistades. Eso es algo que me ayudó a sobrevivir.

Fue allí que se me ocurrió pensar que algún día podré actualizar la obra de Santo Tomás, orientándola al siglo XX.

Después de la liberación, participé en la renovación espiritual de la Iglesia. En cuatro rasgos básicos: Unidad de los cristianos, Consideración al laicado, Reforma de las estructuras clericales, Compromiso con los pobres.

He tenido encuentros importantes en este año. Con Lubac, quien me contó que fue detenido varias veces durante la ocupación de Francia por los alemanes. Y con Josef Beran, quien estuvo prisionero en Dachau. Después de la liberación, fue nombrado arzobispo de Praga.

Y ya se están empezando a conocer historias notables ocurridas en la reciente guerra. Lo que más me ha impresionado fue el heroísmo del presbítero franciscano Maximiliano Kolbe, quien ofreció su vida para salvar la de otro prisionero, que había salido sorteado para morir. Eso fue en Auschwitz.

También en Auschwitz, murió Edith Stein, monja carmelita, de etnia judía.

Otro, que estuvo en Dachau fue Tito Brandsma, monje carmelita. Allí se le suministró una inyección letal. La enfermera quedó impresionada por la entereza de Brandsma.

Me fui enterando de tantas otras cosas que ocurrieron durante la guerra. El hermano Frere Roger fundó una comunidad en Taizé, que congrega miles de cristianos.

En cambio, durante la guerra, Nogara continuó haciendo negocios muy poco santos, al administrar el dinero vaticano.

Y en cuanto al concordato con Alemania, no se cumplió por ninguna de las dos partes, tal como cabía sospechar en todo momento. De hecho, Pío XII salvó a muchos judíos, que estaban siendo perseguidos por los nazis.

* * *

Ya tengo 52 años. Mi vida se sigue poniendo cada vez más difícil, pero seguiré luchando dentro del entorno en que pueda hacerlo. Hay otros ámbitos en que no puedo hacer nada. Será tarea de generaciones futuras. Me refiero a Nogara, que ha continuado como inescrupuloso mago de las finanzas.

Por otra parte, Pío XII definió como dogma de fe la asunción de Santa María. Al principio, no me pareció un buen paso porque se está acogiendo cierta literatura menor. Por lo demás, en toda la literatura, la palabra "cuerpo" está usada con carácter simbólico.

Me imagino que talvez el Papa haya tomado esa decisión presionado por obispos conservadores que sólo quieren distanciarse de los protestantes y

dificultar la unidad cristiana. ¡No lo sé! Prefiero entender que se trata de un dogma simbólico.

A fines de 1949, el llamado "Santo Oficio", que es como una especie de Post-Inquisición, publicó un instructivo en contra del movimiento ecuménico. Incluso, ha rechazado la participación de la iglesia católica en el Consejo Mundial de Iglesias creado en Amsterdam el año anterior.

La oficialidad de la Iglesia aún sigue siendo excesivamente jerárquica. Los cristianos necesitamos que nuestra asamblea esté más cercana al espíritu de Jesucristo.

Yo veo la Iglesia como Pueblo de Dios, donde los fieles han de ser responsables de su fe, ante Dios, y en diálogo los unos con los otros. Como era en la Iglesia de los primeros años, una fraternidad en la que se comparta el espíritu de Cristo.

Pienso que los laicos son interlocutores válidos dentro de la Iglesia, no sólo para escuchar lo que el clero dice sino para ser también partícipes de la Palabra y decirla. También creo en la importancia del diálogo ecuménico entre cristianos de distintas iglesias, para buscar la verdad. Ésta no es posesión sólo de una rama. Es de todo el árbol.

Durante toda mi vida he luchado por la unidad de los cristianos. Por un encuentro que no tuviera como finalidad el retorno a casa de los "herejes", sino que estuviera basado en un verdadero diálogo en búsqueda de la verdad plena de la Iglesia. Las Iglesias de Oriente y Occidente son distintas pero no contradictorias, vislumbro con ello la posibilidad de una reunificación futura.

Nuestra nueva teología, con Lubac y otros, consiste en volver a las fuentes del cristianismo y al diálogo con las grandes corrientes del pensamiento contemporáneo. Sin embargo, todo esto parece ser demasiado adelantado según nuestra jerarquía.

¡Incomprensión romana! Hemos sido marginados. No nos permiten dar conferencias públicas, ni tener encuentros con otros grupos de creyentes, ni publicar libros sin permiso de nuestros superiores.

Sonábamos con una iglesia que se jugara por una sociedad más justa.

Esto me duele mucho. Me someto a las restricciones que me imponen, en virtud de la obediencia que me han inculcado, pero me cuestiono: ¿Acaso no he de ser un poco más valiente, para ser fiel a lo que Dios me pide?

Perdí muchos amigos. Pero, aún tengo a mi amigo Lubac, tan censurado y atacado como yo. Mis libros fueron condenados.

Llevo una especie de Diario de Vida, no tanto con mis vivencias, sino más que nada con las impresiones que me causan los acontecimientos que observo día a día en mi querida Iglesia.

Por lo menos la censura me deja tanto tiempo libre que aprovecho para escribir. Y he podido hacer unos viajes muy interesantes, aunque hayan sido forzados. Fui a Jerusalén, el año pasado, donde conocí mejor a judíos y musulmanes, pero sobre todo a otros peregrinos cristianos que me han hecho progresar mucho en el camino ecuménico. Estuve también en Roma, y me agarraron los del "Santo" Oficio, para interrogarme. Me sentí como si hubiera vuelto a campo de prisioneros.

Los obispos están siendo serviles, y no quieren que nada cambie. Y el famoso "Santo" Oficio tiene demasiado poder porque despierta miedo. Es como una especie de Gestapo cuyas decisiones no se discuten.

Entre otras cosas, escribo acerca del laicado, precisando las funciones específicas de las personas que no pertenecen al clero. No hay una contraposición. El laico tiene una misión hacia el mundo.

La crisis se hizo más aguda hace un par de años, después de que la Iglesia pidiera a los "sacerdotes obreros" que dieran marcha atrás. Por supuesto, nosotros los marginados habíamos hablado bien de ellos.

Veo que la Curia Romana aplasta las personalidades creativas y premia personalidades mediocres y nulidades absolutas, incapaces de responder a los desafíos de nuestro tiempo. Sus decisiones no se discuten y todo se reduce a obedecer.

Fui recibido en audiencia por Pío XII. Sin embargo, el único que me escuchó realmente fue el obispo Montini.

Hasta he llegado a llorar en esta soledad que no parece tener salida.

* * *

Ya es 1975. Han pasado cosas muy buenas en este tiempo.

Desde que Juan XXIII fue elegido Papa, el devenir de la Iglesia ha cambiado de rumbo. Este gran hombre dijo, con sencillez, que ya había habido muchas condenas del mal, y ahora ya era el tiempo de promover el bien.

Yo había conocido a Roncalli cuando él fue Nuncio en París.

En su breve pontificado avanzó más que en los últimos siglos. Creó el Secretariado para la Unidad de los Cristianos. Su primer presidente fue el jesuita alemán Agustín Bea. Y los primeros frutos, la valorización católica de leer la Biblia, y el reconocimiento a obras escritas por protestantes.

Los marginados fuimos rehabilitados por el Papa Juan XXIII. Y cuando convocó al Concilio Vaticano II, me nombró consultor de la Comisión Teológica Preparatoria del concilio.

En 1962 la Curia Romana presionaba a Juan XXIII para excomulgar a Fidel Castro. Sin embargo, el Papa se mantuvo serenamente firme en no tomar tan medieval medida.

Se invitó a luteranos, anglicanos, ortodoxos y otras ramas cristianas a participar en el Concilio.

Una semana antes de inaugurar el Concilio, Juan XXIII realizó un viaje en tren a Asís, para una especial oración. Era aclamado en las estaciones del tren.

Participé en el concilio, junto a Henri de Lubac y otros teólogos. Entre 1962 y 1965. Excelente fue la participación de Agustín Bea en el concilio. Se enfrentó al cardenal Ottaviani respecto a las fuentes de la revelación divina.

Lamentablemente, en Junio de 1963 murió Juan XXIII. Un hombre sencillo, querido por todos. Un gran Papa.

Le sucedió Montini, con el nombre de Pablo VI.

Ése fue un año de muertes que me provocaron dolor. A fines de Noviembre, pocos días después del magnicidio ocurrido en Dallas, ha muerto mi madre, que estaba muy enferma. Con una emoción de añoranza me puse a recordar cómo ella, en mi infancia, animaba mi gusto por escribir.

Después de ese año de tristezas, fui nombrado Maestro de Sagrada Teología, en la Orden Dominicana.

En 1965 el arzobispo checo Josef Beran tomó parte en el concilio y pronunció la ponencia titulada "Sobre la libertad de conciencia", expresándose a

favor de la libertad para todas las confesiones, y pidió la rehabilitación de Jan Hus, un luchador valiente que fue condenado a la hoguera en 1415. Aún no le ha sido concedido más que un tímido propósito de enmienda.

El principal documento del concilio empieza diciendo: "Cristo es la luz de los pueblos". Ésa es la forma como se vivió este concilio. Y en la parte medular de dicha constitución se mira a la Iglesia como Pueblo de Dios, en que todos los cristianos han de tener responsabilidad. Se definió la forma de la jerarquía de la Iglesia. Se miró el papel de los laicos, como un vivo instrumento de la misión de la Iglesia. Después, una aclaración. . . ¿qué significa eso de "Iglesia santa" . . . ? Está llamada a llegar a ser santa.

En la Constitución sobre la relación de la Iglesia con el mundo actual, se habla de los profundos cambios que ha experimentado el mundo en este último tiempo, insistiendo en la dignidad de la persona humana, en la actitud frente al ateísmo, en la persona nueva, transformada, y en la justicia social. Y la misión de la iglesia en ese mundo, respecto a lo cultural, lo económico-social, y la paz en la comunidad internacional.

Está también la constitución sobre la liturgia. Hubo acá una renovación buenísima, que hace tiempo se estaba necesitando. Por sobre todo, se recupera la Biblia, que había estado escondida hasta ahora. Y se dio a la liturgia la lengua local.

En la Constitución de la revelación divina, tuve alguna participación, más que nada para dar una nueva visión, ya no la del Vaticano I, que estaba llena de anatemas debidos a una idolatría hacia el magisterio.

En las declaraciones del Vaticano II se consagra la libertad religiosa, y el derecho a la Educación, y se promueve el diálogo con las religiones no cristianas. En este último punto, se repudió el antiguo concepto de responsabilidad colectiva de los judíos en la muerte de Jesús. Es que no puede imputarse a todos los judíos sin distinción que vivían entonces, ni tampoco a los judíos actuales.

Se escribieron también una serie de decretos. El más importante es el de ecumenismo, en que se promueve la restauración de la unidad entre todos los cristianos. Ahí se destaca que antiguos errores de la iglesia de Roma contribuyeron a las divisiones.

Hay otro decreto sobre la participación de los laicos. Y varios más, sobre los medios de comunicación social, sobre los presbíteros, obispos y vida religiosa, sobre las iglesias orientales católicas, y sobre la actividad misionera.

Mi compatriota Marcel Lefebvre ha liderado a los obispos conservadores que rechazan el concilio.

Hasta antes del Vaticano II se hablaba del Espíritu Santo como del "divino desconocido"; este juicio valía no sólo para la vida de fe, que estaba toda centrada sobre el Padre y sobre el Hijo encarnado, Jesucristo. Valía también para la reflexión teológica que había estudiado los misterios del Padre y del Hijo, pero había descuidado la teología del Espíritu Santo. Después del Concilio la situación ha cambiado profundamente.

Como corolario del concilio han ocurrido cosas importantes: A fines de 1965, Pablo VI y Atenágoras I emitieron una declaración conjunta de acercamiento. En 1966 se suprimió el índice de los libros prohibidos. Finalmente, Pablo VI devolvió a María Magdalena su verdadera identidad.

Incluso antes de que concluyera el concilio, Pablo VI ya se había desprendido para siempre de la famosa tiara, ese ridículo y oneroso casco de tres coronas, lleno de perlas preciosas, que simbolizaba el poder. Lo donó a los pobres.

Por otra parte, en cambio, Pablo VI puso al guardaespaldas Marcinkus a cuidar las finanzas vaticanas. No sé si eso será para mejor o para peor.

Ahora último he estado reflexionando mucho acerca del concilio, y hay algo que, varios años después, me provoca inquietud. Respecto al capítulo I de Dei Verbum, donde dice que la revelación divina terminó y no hay que esperar ya ninguna otra. . . Creo que ahí pecamos de soberbia. No olvido que Jesús dijo, alabando con alegría, "Revelaste esto a los más pequeñitos y lo ocultaste a los sabios y entendidos". ¿Cómo podríamos los seres humanos decidir que Dios permanezca en silencio? No podemos, ni queremos tampoco. ¿Para qué, entonces, nos iba a decir Jesús "el que tenga oídos que oiga; el que tiene ojos que vea"?

Desde hace algunos años tengo fuertes dolores en todo el cuerpo. Los médicos no saben bien lo que tengo, pero es algo neurológico. Hasta he empezado a tener dificultades para mover brazos y piernas. Menos mal que la cabeza todavía me acompaña. He debido retirarme a un monasterio. Es aquí donde estoy escribiendo una especie de testamento espiritual, un libro en que hablo de cómo me relaciono con el Espíritu Santo.

La obra constará de varias partes. En la primera quiero ilustrar el testimonio que la Sagrada Escritura y la tradición de la Iglesia dan del Espíritu Santo. Recorrer los dos milenios de historia del cristianismo. En una segunda parte estudiaré el Espíritu Santo como Vida, especialmente en nuestra vida personal, y en nuestra oración. En una tercera parte, quisiera examinar diversos aspectos de la renovación, como es el rezo en lenguas. Y, por cierto, en alguna de las partes veré qué tiene todo esto en relación al ecumenismo. Por ejemplo, está el viejo asunto del Filioque, que no quisiera dejarlo afuera. En la última parte, me referiré a la acción santificante del Espíritu Santo en las almas. Bueno, en realidad sólo digo que espero ser capaz y tener el tiempo para desarrollar todo esto.

He consagrado mi vida al servicio de la verdad. La he amado y la amo todavía, de la misma manera como se puede amar a una persona.